

## EL PRESTIGIO DE SAN IGNACIO ANTE SUS PRIMEROS COMPAÑEROS

1. Parece interesante analizar, *según los datos históricos*, la razón o las razones de este hecho indiscutible: el prestigio singular que San Ignacio de Loyola gozó siempre ante los compañeros que juntó en París y ante los primeros Padres de la Compañía que fundó.

No sucedió en la Compañía como en otras agrupaciones o congregaciones religiosas, en las cuales el fundador ha visto levantarse en frente de sí, sí no a todos, al menos a algunos de sus propios hijos, influyentes lo bastante en otros para determinar remociones o postergaciones del que fue principio de la agrupación. No es del caso recordar la vida de San José de Calasanz o de la recientemente beatificada Rafaela María del Sagrado Corazón. Son planes altísimos de la Sabiduría divina que con la cruz dolorosísima, a unos de una manera, a otros de otra, conduce a todos al fin y los hace corredentores con El y fecundos en el apostolado.

La estima, la veneración que a Ignacio se le tenía en la Compañía era universal. Y esto en aquellos primeros Padres que un General de la moderna Orden restaurada, el P. Juan Roothan, llamaría un día *tales quantos viros*; hombres de la magnitud intelectual de Láinez y Salmerón, lumbreras de Trento, que se consideraban como niños ante Iñigo; o de la magnitud apostólica de Javier, que escribe de rodillas al "santo Padre" de su alma...; por no decir nada de Pedro Fabro, el hermano mayor de aquel grupo de estudiantes de París; y por callar ahora los testimonios de todos ellos sin excepción.

2. ¿Por qué esa autoridad y prestigio de Ignacio? ¿De dónde procedía? ¿Qué idea se habían formado de él?

No era la ciencia o la erudición teológica, que en Láinez, Fabro, Salmerón, Xavier, Bobadilla... y en todos, tal vez, era mayor que en Ignacio.

No era la gracia y el atractivo de la conversación, que en Fabro, a juzgar por las ponderaciones de los contemporáneos y frutos obtenidos, era tan insinuante y encantadora.

No era la actividad desbordante y la simpatía arrolladora de un Javier.

No era la resistencia a las fatigas y trabajos de un Bobadilla, que muere en Loreto, después de incansable peregrinar, el último superviviente de los primeros Padres de la Compañía, pasado de los 80 años de edad (1).

No era la ternura suave de Simón Rodríguez, ni la humildad insinuante de Jayo, ni el candor de Pascasio Broët o la discreta afabilidad de un Codure.

¿Qué era?

3. La edad era ciertamente bastante superior a la de todos ellos. Ignacio, nacido en 1491, llega a París el 2 de febrero de 1528 (2); por tanto, a los 36 años de su edad. En el momento de los votos de Montmartre, el 15 de agosto de 1534, Ignacio tenía aquella plenitud de vida que le daban los 42, cerca de 43 años. Fabro contaba entonces 28 (3), Javier otros tantos (4); Nicolás Alfonso de Bobadilla giraba alrededor de los 25 (5), Simón Rodríguez alrededor de los 24 (6), Láinez contaba 22 (7) y Salmerón, el menor de todos, nacido el 8 de septiembre de 1515 (8) estaba para cumplir los 19 años. Los que se juntaron después, los ya sacerdotes Claudio Jayo y Pascasio Broët, nacidos con el siglo (ca. 1500) entonces serían de unos 34 años; Codure (nacido el 24 de junio 1508) tendría entonces sus 26 años (9). Es decir, que Ig-

(1) MHSI, *Bobadilla Monum.*, p. 633.

(2) MHSI, *Fontes narrat. de S. Ignatio* I, 26\*. 31\*.

(3) *Memoriale: Fontes narrat.* I, 28. 35. 36.

(4) F. SCHURHAMMER, *Franz Xaver* I, 9.

(5) *Bobadilla Monum.* p. VI. 612. 613. 633.

(6) Cf. *Fontes narrat.* I, 38; F. RODRÍGUES, *História da Companhia de Jesus na Assistência de Portugal* I, I, 41.

(7) *Fontes narrat.* I, 38; *Lainii Monum.* p. VII, VIII.

(8) MHSI, *Epist. P. A. Salmeronis* I, p. V.

(9) *Fontes narrat.* I, 39.

nacio superaba en unos 10 años a Jayo y Broët, y en unos 15 a Fabro y Javier.

Pero de sobra es sabido que la edad no basta para un influjo profundo y decisivo en los hombres. ¿Qué es lo que veían en él?

4. En primer lugar, en Ignacio tenían al Padre, y *padre en el espíritu*, que los había engendrado a una vida de perfección y de heroísmo. Por los ejemplos y las conversaciones prolongadas en largos años de estancia de Ignacio en París (10), y sobre todo por los Ejercicios. Todos los que hicieron el voto de Montmartre, antes habían hecho los Ejercicios bajo la dirección de Ignacio, excepto Javier que los hará después (11). Los que todavía en 15 agosto de 1534 no se habían juntado a ellos, Claudio Jayo (que emitió su voto al año siguiente), Pascasio Broët, Juan Codure, harán después los mismos ejercicios de Ignacio bajo la dirección inmediata de Fabro (12). En Ignacio había el prestigio del padre, padre de autoridad, respetado, venerado, amado.

La frase de Javier es sobradamente conocida: "A mí en Cristo santo Padre Ignacio", con aquellas efusiones de amor filial, después de leer a la vuelta de la ruda y áspera evangelización del Japón las palabras con que Ignacio cerraba su carta: "Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno, Ignacio" (13). Salmerón lo dirá por todos, en el sufragio que escribe, ingenuo y expresivo, al elegir General de la Compañía: "Yo Alfonso Salmerón..., después de pensarlo maduramente, elijo y declaro por superior y prelado mío y de toda esta congregación al señor Ignacio de Loyola, el cual según aquella sabiduría que Dios le ha dado, así como a todos nos engendró en Cristo y como a pequeños nos alimentó con leche, así ahora ya mayores nos conducirá con el manjar fuerte de la obediencia en Cristo y nos guiará a los prados abundosos del paraíso y a la fuente de vida; para que cuando entregue esta pequeña grey a Jesucristo, el gran pastor, nosotros podamos decir con verdad "somos el pueblo de sus prados y las ovejas de su mano"; y él pueda con gozo decir "Señor, no he perdido a ninguno de aquellos que me diste" (14).

(10) Ignacio estuvo 7 años largos en París, aunque no todos los compañeros le trataron tanto tiempo. Cf. *Fontes narrat.* I, 31\*. 33\*.

(11) FABRO, *Memoriale*: F. narrat. I, 36

(12) SIMÓN RODRÍGUEZ, *De origine et progressu S. I.*: MHSI, *Epist...* Rodericij, p. 456.

(13) Carta del 29 de Enero 1552: MHSI, *Epist. Xaverii* II, 287. 293.

(14) *Epist. P. A. Salmeronis* I, 1.

Pero todavía podemos analizar y preguntarnos el porqué de este influjo de padre, el porqué de esta continuidad de influencia paterna. Sin duda era por la gracia de Dios, que obraba en ellos sirviéndose de aquel instrumento vivo, Ignacio. Pero, *psicológicamente*, ¿qué veían, qué adivinaban en Ignacio, qué es lo que les subyugaba y los sometía a su magisterio? Todavía podemos preguntarnos cuál era el perfil psicológico, dentro de la psicología sobrenatural, que en Ignacio les atraía.

5. No hay duda que ellos se propusieron este examen y este análisis del alma de Ignacio y de su carácter y de su psicología. El amor les impulsaba a ello.

Impulsó a los primeros Padres, como en seguida veremos. Impulsó también a otro estudiante de París, Jerónimo Nadal, que en la *Porte Saint Jacques* había roto con el guipuzcoano que pretendía “cazarle” para el grupo de estudiantes. Nadal se deshizo de él, mostrándole el Evangelio: “Yo quiero seguir este libro, vosotros no sé en qué pararéis.” Tal vez caigan en manos de los inquisidores —pensó para sus adentros (15). Pero años más adelante, conociendo por una carta de Javier la aprobación apostólica de la Compañía, lamentó su yerro, corrió a Ignacio, y se le entregó en Roma. Convivió con él y embebió de tal suerte su espíritu que Polanco, el Secretario del General, podía escribir hablando por comisión de éste: “Tiene [Nadal] mucho conocimiento de N. P. M. Ignacio, porque le ha tratado mucho; y parece tiene entendido su espíritu, y penetrado, cuanto otro que yo sepa en la Compañía, el instituto della” (16). A Nadal debemos un esfuerzo singularísimo porque Ignacio se declarara a sí mismo y se manifestara a la Compañía. Esto era —decía— fundar la Compañía (17). Porque según una de sus teorías, que predicará por doquier en sus visitas, aun en vida del santo, y escribirá después en tantos de sus numerosos escritos, una manera de conocer la gracia propia de una vocación religiosa en la Iglesia, es la consideración de la vida del Fundador. En Ignacio está como la *causa ejemplar* de la vocación jesuítica; en su vida se prefiguran las pruebas y experiencias a las que se someten los miembros de la Compañía. De ahí que el Visitador en sus frecuentes plá-

(15) *Chronicon Vocationis suae*: MHSI, Epist. Nadal I, 2. 3.

(16) MHSI, *S. Ignatii epist.* V, 109.

(17) *Acta P. Ignatii* n. 4: F. narrat. I, 360. Entre los apuntes de la oración del P. Nadal encontramos que “Ignacio escriba su vida; nada puede hacer más útil ahora para nosotros y para la Compañía”. *Orat. observat.*: Epist. Nadal IV, 692.

ticas por toda la Compañía cuente la vida de Ignacio como primer medio, también procediendo en un orden histórico-cronológico, para conocer la naturaleza y la gracia propia de esta vocación (18). Como escribirá en su Diálogo sobre la Compañía: Los fundadores de órdenes “primero suelen ser ejercitados y enseñados por Dios, de modo que poco a poco les ponga Cristo Jesús en el corazón la forma y manera de la futura congregación, y con su experiencia aprendan lo que han de enseñar a los demás” (19). No se cansa de escribir que en la vida de Ignacio está el ejemplar de la vida e instituto de los jesuitas (20). Laínez recordará también, a este propósito, lo que había oído de labios de San Ignacio, que “cuando Dios elige a uno por fundamento de religión, lo conduce por aquel modo por el cual quiere que guíe a los demás” (21).

Todo esto explicará el empeño que tenían los primeros Padres en conocer a Ignacio. Y al empeño y deseo se juntaba la posibilidad de obtenerlo.

6. Laínez vale por muchos en el conocimiento que alcanzó de Ignacio. Con razón Polanco, cuando comenzaba a ser secretario del santo, había preguntado al teólogo de Almazán sobre el curso de la vida del Fundador y qué cosas más particulares había notado en él. Y Diego Laínez, entonces ocupado en Bolonia, con aquella concisión del que no tiene tiempo para amplificar, sintetiza (16 de junio 1547) sus recuerdos sobre Ignacio en una carta que se ha hecho famosa entre las fuentes históricas de la Compañía. El resumen de lo que había notado en lo psicológico del Maestro Ignacio lo dan estas palabras que perfilan las características observadas por la penetrante mirada del P. Laínez:

“Del padre maestro Ignacio, que me había olvidado, he notado diversas cosas, como serían gran cognición de las cosas de Dios, gran afición a ellas, y más a las más abstractas, separadas; gran consejo y prudencia in agendis, y don discretionis spiritus; gran fortaleza y magnanimidad en las tribulaciones, gran simplicidad en el no juzgar a ninguno y en interpretar todo a bien, gran modo de negociar y ocuparse a sí mismo y a otros en el servicio de Dios” (22).

(18) Cf. M. NICOLAU, *Jerónimo Nadal* (Madrid 1949) p. 148-151.

(19) *Dialog. II*: F. narrat. II, 235.

(20) Cf. *Dialog. II*: F. narrat. II, 250. 279. 280.

(21) *Exhort. 2.<sup>a</sup>*: F. narrat. II, 137.

(22) *Epist. Lainii* n. 56: F. narrat. I, 136.

7. Cada una de estas características merecía ser declarada con los testimonios de Lainez y de los primeros Padres. Lo hemos hecho en otro lugar (23). Digamos solamente y por resumir —no es menester ahora recorrer todos los testimonios antes aducidos— que en cuanto a la *ciencia teológica adquirida*, Lainez nos dice que Ignacio superó las dificultades grandes que encontró en los estudios, y en París “fue de los buenos estudiantes, y el más diligente, supuestas todas las dificultades, de todo su curso, y creo de muchos otros” (24). Y el Padre Nadal encarece que “estudió tan bien sus facultades, que a nosotros nos maravillaba cuando tratábamos delante de él alguna dificultad; y dijo un doctor, persona señalada, admirándose de nuestro Padre, que no había visto quien con tanto señorío y majestad hablase materias teológicas” (25).

Pero sobre todo, bajo la etiqueta de *gran cognición de las cosas de Dios, gran afición a ellas, y más a las más abstractas, separadas*, entiende Lainez y admiraban los compañeros de Ignacio la ciencia mística y experimental de lo divino y la altísima contemplación. Toda esta vida mística ha sido ya expuesta en trabajos recientes y últimamente con ocasión del centenario ignaciano (26). Lainez ha ponderado la oración selectísima del santo, trinitaria, y su visión de La Storta. Nadal su contemplación en la acción, además de su contemplación trinitaria, su hallar a Dios en todas las cosas, su obrar en el Señor nuestro y su perpetua elevación (27); y “esta gracia —dice— y como luz interior del alma de Ignacio vimos que se traducía en cierta serenidad radiante del rostro y en la claridad y certeza de sus acciones en Cristo, con gran admiración de todos nosotros y gran consolación nuestra; y sentimos como derivado en nosotros un no sé qué de aquella gracia” (28).

8. Con esta ciencia y experiencia de lo divino juntaban y veían los compañeros los dones prácticos del maestro de espíritu: *gran*

(23) *Fisonomía de San Ignacio según sus primeros compañeros*: Archivum Hist. S. I. 26 (1957) 261-268.

(24) *Epist. Lainez* n. 23: F. narrat. I, 92.

(25) *Eshort. 2 Compl.*: F. narrat. II, 198; cf. *Pláticas de Coimbra* (Granada 1945) p. 67. 124.

(26) M. NICOLAU, *La oración de San Ignacio. Fórmulas que la expresan*: *Manresa* 28 (1956) 91-104; *San Ignacio, místico: La Vida sobrenatural* [Salamanca] 58 (1957) 241-257. 329-346; *Fisonomía de S. Ignacio*: Archiv. Hist. S. I. 26 (1957) 262-264.

(27) Los testimonios en los artículos citados en la nota anterior.

(28) *Annot. in Examen*: MHSI, Epist. Nadal IV, 651. 652.

*consejo y prudencia in agendis y don discretionis spiritus*, según la expresión sintética de Laínez.

Además les avasallaba sobre todo en Ignacio la *gran fortaleza y magnanimidad en las tribulaciones*, que demostró en los estudios, difíciles por la edad del estudiante; en las enfermedades, prolongadas, dolorosas; y en las contradicciones que vinieron de tantas partes. Pero su firmeza y constancia eran conocidas “y no se deja fácilmente mover” —escribió Laínez (29).

Mas con la fuerza y energía se hermanaba la suavidad en el gobernar y dirigir, que Ribadeneira ponderó en su “Tratado del modo de gobierno” observado por San Ignacio; y lo mismo consiguieron Nadal y Laínez. De este último es atribuirle, como hemos visto, *gran simplicidad en el no juzgar a ninguno y en interpretar todo a bien*, indicio sin duda de una gran caridad interior. Y con esta benignidad interna y externa el cuidado de la salud de los suyos que es bien conocido y ha sido diferentes veces ponderado (30).

Si hasta aquí vamos encontrando las cualidades de ciencia y experiencia espiritual, con las del mando y del jefe, como son la energía y fortaleza, la benignidad, la simpatía del afecto; hay que agregar a éstas las del estratega y organizador, y la eficacia en lo que Ignacio emprendía. Laínez lo dirá con el *gran modo de negociar y ocuparse a sí mismo y a otros en el servicio de Dios*.

9. Para Nadal, en aquel Ignacio todavía en Guipúzcoa, que no había iniciado su carrera de convertido, se veía “gran potencia y agudeza de natural e ingenio”, “grandes señales de prudencia”, “vivo amor de la verdad y de las virtudes” y, sobre todo, “cierta sobresaliente grandeza de alma, y una apetencia vehemente del honor y de la gloria” (31).

La nobleza de alma, la grandeza de ideales, la observan Laínez, Nadal, Polanco, Ribadeneira... (32); a la cual se juntaba connaturalmente un carácter caballeresco, noble, militar, muchas veces estudiado.

Por todas estas observaciones de los primeros compañeros acer-

(29)) *Epist. Lainii* n. 60: F. narrat. I, 140.

(30) Cf. *Fisonomía de S. Ignacio*: Arch. Hist. S. I. 26 (1957) 266.

(31) *Apologia ad doctores Parisienses*: F. narrat. II, 62. Repite estas notas *ibid.* p. 64.

(32) Cf. *Fisonomía de S. Ignacio*: Arch. Hist. S. I. 26 (1957) 253-259.

ca de Ignacio, no es de extrañar la aureola que rodeaba la figura del santo y fundador ante ellos.

10. Lo mejor de la Compañía son para Nadal el Padre Ignacio y sus Ejercicios. Lo deduce del hecho de que, en su tiempo, eran las cosas que más habían sido atacadas:

“Si miramos a fondo todas nuestras cosas —escribe Nadal— nada se nos ofrecerá más útil o más eficaz para emprender el camino del Señor integra y sinceramente como los Ejercicios. Y por esto no solamente nosotros que los hemos experimentado seriamente en nosotros y los damos con diligencia a los demás, pero aun varones los más autorizados y los más doctos, que los han hecho y que los han examinado por completo, los aceptan y los veneran. Y parece recomendación eximia de los Ejercicios que los que hasta ahora fueron nuestros adversarios, al encenderse de modo particular contra el Padre Ignacio y contra los Ejercicios, ofrecieron el gran argumento de que la Compañía no tenía cosa mejor en su género que el Padre Ignacio y los Ejercicios...” (33).

A Ignacio, aun siendo todos jurídicamente iguales en aquella sociedad de clérigos, antes de la elección de General, siempre le miraron sus compañeros con particular reverencia y observancia. Cuando los primeros Padres, obtenida licencia en Roma para ordenarse *ad titulum sufficientis litteraturae, et paupertatis*, vuelven a la región veneciana en espera de la oportunidad de embarque hacia Palestina; después de ordenados de sacerdote en Venecia, se apartan en soledad para prepararse a su primera misa y se distribuyen en grupos de dos o tres, determinando ejercitar la obediencia obedeciendo a uno de ellos por semanas... Más adelante, estando en Roma, creyeron que el oficio de superior debía durar más de una semana y que convenía prorrogar hasta un mes la facultad de mandar, espontáneamente concedida por turno a uno de ellos. Añade Simón Rodríguez, que nos lo refiere, que todo esto duró hasta la elección del Padre Ignacio por General; y que éste, “aunque todo aquel tiempo [de ensayo de obediencia y de superiores] había obedecido con toda diligencia, los demás, sin embargo, siempre habían juzgado que debían tenerle particular reverencia y observancia” (34).

(33) *Scholia* p. 153. 154.

(34) *De origine et progressu S. I.*: Epist. Rodericii (MHSI) p. 489. 490.

Según Láinez, el Padre Maestro Ignacio es el que en París, antes de partir para España, les dejó el orden de lo que debían hacer en su ausencia “y al buen maestro Fabro como hermano mayor de todos” (35).

11. Una razón, no la menor, de esta reverencia que sienten los compañeros por Ignacio, es que le han conocido asociado a los dolores de Cristo y participe de su Cruz.

Los compañeros han visto a Ignacio llevar la cruz. Láinez y Nadal, y después Ribadeneira, han tenido gran cuidado de conservar y referir para toda la Compañía en sus exhortaciones y escritos la célebre visión intelectual de La Storta, en las puertas de Roma, y de declarar su significado (36): Dios Padre, que pone a Ignacio con Jesucristo, para que sea su servidor y —notémoslo— le ayude a llevar la Cruz. Por esta sociedad y comunidad de intereses con Jesucristo son *compañía* de Jesús y han sido escogidos para la cruz.

Simón Rodríguez, al recordar las particularidades de cada uno de los primeros compañeros, en Ignacio parece insistir únicamente en verle como ejercitado en constantes trabajos por la sabiduría divina. Escogido como piedra básica —dice— para el nuevo edificio, tuvo que ser pulimentado con golpes y presiones, como lo hace Dios con las piedras del edificio de la Iglesia. “A Ignacio, zarandeado en más y mayores trabajos, y probado en muchas cosas, los demás compañeros le honraron siempre como a padre y le siguieron como a jefe” (37).

12. La misma veneración para con Ignacio encontramos en los demás compañeros. Fabro reconoce en él sobre todo al Padre Espiritual, como lo recuerda en su Memorial: *esetque ipse mihi in spiritualibus praeceptor* (38). Y, al contar todo lo que le hizo Ignacio, encontramos la obra del Padre espiritual (quitar escrúpulos, enseñar los exámenes y modo de oración, le dio los Ejercicios...) (39).

(35) *Epist. Lainii* n. 31: F. narrat. I, 104. Cf. NADAL, *Apologia ad doctores Parisienses*: F. narrat. II, 80

(36) *Exhort. 1 Láinez* (1559): F. narrat. II, 133. Nadal con frecuencia en sus pláticas y escritos; cf. M. NICOLAU, *Jerónimo Nadal*, p. 342-350.

(37) *De origine et progressu S. I.*: Epist. Rodericli, p. 453.

(38) *Memoriale*: F. narrat. I, 32.

(39) *Ibid.*, p. 33 sg.

El Padre Claudio Jayo se remite en lo tocante a las Constituciones al parecer de Ignacio y de los hermanos que en Italia quedaban; y a aquél le nombra dulcemente: *Pater meus in Christo, Dominus Ignatius de Loyola* (40).

Por las oraciones de Ignacio, Jayo se sintió fortalecido en una peregrinación. Iba Jayo con Bobadilla. Cansado y rendido por la debilidad y el hambre, se echa en el suelo, porque ya no puede continuar su camino; pero se encomienda a Dios por los méritos de su siervo Ignacio, que aún vivía, y al punto, sin otro remedio o recurso humano, se siente fortalecido de modo admirable y restablecidas sus fuerzas; y pudo proseguir muy bien hasta donde se proponía ir (41).

13. Aun el Maestro Nicolás Alfonso de Bobadilla, a pesar de su espíritu original e independiente, reconoce la jefatura y autoridad de Loyola. En su concisa y graciosa Autobiografía habla de la pasión por las lenguas, que le llevó a París; pero recuerda que entonces los luteranizantes eran los humanistas: *qui grecisabant, lutheranizabant*; y que decayó en el propósito de las lenguas, griega, latina y hebrea, “sobre todo porque en París encontró un *virum sanctum*, el Maestro Ignacio de Loyola que le exhortó a proseguir los estudios de teología escolástica y la positiva de los santos doctores, consejo que siguió...” (42). Añade que en Venecia les esperaba después Ignacio *tanquam ductor eorum* (43), y “habiéndole encontrado, *gavisi sunt valde omnes*” (44).

Si Ignacio era como el jefe y padre y superior, de Fabro dice Bobadilla, que en Roma antes de la aprobación de la Compañía *erat tanquam Pater omnium a confessionibus* (45).

Verdaderamente que Bobadilla podía tener a Ignacio doblemente por padre: por haberle atraído y formado en el propósito de perfección, concebido en París, y por haber orado particularmente por él para que emitiera los votos de su profesión religiosa en la Compañía. No sabemos qué pensamientos o cavilaciones se ofrecieron a la mente de Bobadilla; pero sí sabemos que a aquel espíritu singular, después de obtenida la bula de aprobación de la

(40) MHSI, *Constit.* I, 77.

(41) NADAL, *Acta quaedam* n. 13: F. narrat. II, 123.

(42) *Bobadilla Monum.* p. 614.

(43) *Ibid.* p. 615.

(44) *Ibid.*

(45) *Ibid.* p. 617.

Compañía, en la cual se le nombraba expresamente (46) con gran dificultad se le indujo a los votos (47). San Ignacio —refiere Cámara en el Memorial— estuvo tres días sin comer, haciendo oración, porque uno de la Compañía no faltase de hacer profesión (48). Bobadilla no asistió a la profesión del 22 de abril 1541 en San Pablo de Roma, ni antes a la elección de General. Estando en Bisignano, cuando iba a partir para Roma, “le fue mandado por el Papa que se detuviese más en aquella ciudad por el fruto que allí hacía”. “No envió su voz a ninguno” —dice San Ignacio describiendo aquellas efemérides memorables (49). Seguramente que es porque el sufragio de Bobadilla no llegó. Este nos dice que escribió dando su voto al Maestro Ignacio para ser General (50).

Son conocidas las dificultades suscitadas por Bobadilla con Paulo IV, de quien era familiar, acerca de los procedimientos de gobierno y valor de las Constituciones después de la muerte de San Ignacio. Nadal no trató a Bobadilla con excesiva benevolencia. Pero en el fondo había en el palentino (51) un rescoldo de auténtico amor filial para Ignacio.

El mismo Bobadilla, con la gracia original de su temperamento, contó que después de la muerte de San Ignacio, en el otoño de 1556, fue a Roma desde Tívoli, y que le sobrevino alta fiebre estando en el mismo aposento en que había muerto el Padre Ignacio. Ya pensaba volver a Tívoli, porque creía que en Roma peligraba de muerte. Pero en el ardor de la calentura se acuerda que está precisamente en el aposento mismo en que había muerto su Padre Ignacio y comienza a sentir devoción con su recuerdo. Y de repente, como si a uno que está en la cama le quitan una manta, sintió que la fiebre se le arrancó, y ya estuvo bien ni fue necesario volver a Tívoli. Y añadía al narrarlo: “yo soy como si hubiera 4 testigos”, aludiendo a su gran dificultad para dar crédito a milagrerías (52).

14. EN RESUMEN: Los primeros compañeros veían en Ignacio, no al sabio, no al noble, no al señor terreno, no al artista, no al elocuente orador: Veían al padre, y al padre en Cristo que los

(46) *Bula Regimini militantis*: MHSI, Constit. I, 25.

(47) NADAL, *Apolog. ad doctores Parisienses*: F. narrat. II, 104.

(48) L. GONZÁLEZ, *Memorial* n. 210: F. narrat. I, 651.

(49) *F. narrat.* I, 17. 18.

(50) *Bobadilla Monum.* p. 619.

(51) Nacido en Villanueva del Camino, diócesis de Palencia. *Autobiographia*: *Bobadilla Monum.* p. 613.

(52) NADAL, *Acta quaedam* n. 15: F. narrat. II, 124.

había conquistado, engendrado, educado y dirigido en los propósitos de vida perfecta y apostólica. Son las cualidades del padre espiritual las que en él —como hemos visto— admiraban y recordaban: su ciencia de las cosas divinas, teórica y experimental, su discreción de espíritus y su prudencia y consejo en lo agible, su fortaleza y firmeza de voluntad, sus dotes de estrategia y jefe para organizar las empresas de la gloria de Dios y colocar a cada uno en el puesto donde mejor podía servir; veían —lo diremos también con Lainez— aquella benignidad en pensar y juzgar bien de cada uno de ellos en todo lo posible; que es la expresión de un amor sincero y profundo.

Por esto, y como resultante de todo nuestro análisis, el prestigio de Ignacio ante aquel grupo de estudiantes de París y ante los primeros Padres de la Compañía, era el *prestigio del Padre y del Padre en el espíritu*, con toda la plenitud de condiciones y cualidades que requiere esta paternidad.

Cuando la Compañía tuvo que constituirse como Orden religiosa, aprobada ya por Paulo III, mediante la emisión de los votos solemnes: después de pronunciar los votos de la profesión en San Pablo, después de orar en los siete altares privilegiados, los compañeros van todos al altar mayor, y a los pies del Padre Ignacio confiesan que le quieren tener por Padre y superior, y que siempre le respetarán como a quien está en lugar de Jesucristo, y que siempre le obedecerán.

A cada uno abrazó con toda benignidad el Padre Ignacio, a cada uno dio ósculo de paz... Así cierran Ignacio y Nadal la descripción de la elección de Preósito y la profesión del 22 de abril de 1541 (53).

#### *Universidad Pontificia de Salamanca*

MIGUEL NICOLAU, S. I.

(53). *Electio Praepositi et professio*: F. narrat. I, 22; NADAL, *Apologia ad doct. Parisienses*: F. narrat. II, 104.